



3. Militantes contra el franquismo

El crepúsculo del franquismo

Ernest Mandel

[Este artículo fue publicado como editorial de la revista Quatrième Internationale en enero de 1971. La fecha es significativa porque coincide con la fundación de la Liga Comunista Revolucionaria en el Estado español y son sus militantes el principal destino del texto.]

Efectivamente, en enero de 1971 culminó el largo proceso de reflexión del grupo Comunismo, integrado por los militantes del FLP y el FOC que llevaban ya muchos meses buscando cómo y sobre qué bases construir una organización revolucionaria. Finalmente la decisión fue fundar la Liga y adherirse a la IV Internacional, salvo un grupo reducido que formó el PORE.

Creo que “El crepúsculo del franquismo” es una buena formulación del contenido y el sentido de la fundación de la Liga. De hecho, el texto tuvo una influencia determinante en la primera etapa de desarrollo de la organización y puede decirse que todos los militantes lo consideraron como propio y lo leyeron y dieron a leer a quienes se querían acercar a la Liga. Pero todo esto, que es muy importante para quienes tuvimos el privilegio de vivir aquellos tiempos, no es razón suficiente para publicar el texto en VIENTO SUR.

Lo que justifica la publicación es que “El crepúsculo del franquismo” es una muestra ejemplar de una cultura política, o si se quiere, de una forma de hacer política revolucionaria, clásica, sin duda, pero que lucha por la vida, es decir, está decidida a comprender la realidad y convencida de que, para comprenderla, hay que buscar las brechas que permiten subvertirla. Esa cultura, que fue una cultura antagonista tanto de las realpolitik como de los marxismos doctrinarios de la época, merece ser conocida y, por supuesto, criticada hoy; por lo que significó hace 35 años y por lo que puede significar contar con ella para crear ahora las políticas antagonistas a las realpolitik y a las doctrinas de esta época.

El texto apela tanto a la razón como a la esperanza. Su mayor parte está dedicada a analizar la realidad española, sus contradicciones políticas y económicas, los conflictos sociales básicos. No hay en él ni una cita de los “clásicos”, salvo la referencia a la organización de “tipo leninista”, muy vinculada al papel central de esta cuestión en la evolución del grupo Comunismo.

Propone y anima a comprender la realidad, no a amoldarla a una ideología. Por eso precisamente es útil analizarlo y criticarlo, por ejemplo, en las conclusiones voluntaristas sobre el “desinflamiento” de los “globos reformistas y liberalizantes” o sobre las enseñanzas que los “trabajadores españoles” habrían recibido de la experiencia de 1969-1970, o sobre el modelo de “dualidad de poder” como conclusión “natural” de la autoorganización. Claro, se pueden encontrar errores aquí, o en otros puntos, y valorarlos, o justificarlos, en mayor o en menor medida. Pero son errores inteligentes: es posible aprender de ellos.

Una lectura sensata de “El crepúsculo del franquismo” tiene que situarlo en su época. No sólo para entender un lenguaje que era entonces necesariamente “heroico” y ahora puede parecer retórico, cuando no lo fue en absoluto para quienes lo hablamos y lo sentimos. También, y sobre todo, para entender, lo que no significa compartir, que entonces, a comienzos de los años 70, existían realmente las brechas sociales y políticas que daban sentido a la fórmula rotunda que resume la estrategia que el texto propone: “La dictadura franquista no puede metamorfosearse en democracia burguesa bajo la presión de las masas. Debe ser derrocada por una acción directa revolucionaria de las masas”. Entonces parecía una certeza, cuando era sólo una posibilidad excepcional. Pero una revolución es siempre una posibilidad excepcional. Y luchar por realizarla no fue una aventura juvenil (o por decirlo mejor, no fue sólo, pero fue también una aventura, como lo es toda acción humana que vale la pena, que va más allá de lo posible), sino una decisión militante tan revolucionaria, como racional. M. R.]

Desde la gran oleada de huelgas de 1962, la más importante que haya conocido España desde el fin de la guerra civil, el régimen franquista ha atravesado un largo período de crisis permanente, marcada esporádicamente por bruscas explosiones, pero contenida, en líneas generales, en un marco evolucionista y no revolucionario. El bonapartismo franquista se mantenía como consecuencia de un equilibrio de fuerzas. Las fuerzas conservadoras tradicionales eran demasiado débiles para frenar la evolución, demasiado fuertes para descomponerse desde el interior o abdicar pasivamente; el movimiento de masas era demasiado fuerte para ser reducido a la pasividad, demasiado débil para derrocar espontáneamente, sin organización revolucionaria eficaz, a la dictadura.

Bajo este equilibrio de fuerzas políticas se perfilaba la crisis histórica de las fuerzas sociales. La burguesía española es demasiado débil para poder tolerar una nueva experiencia de auge legal del movimiento obrero en el marco de una democracia burguesa decadente (por no decir clásica). Las nuevas generaciones obreras, sobre las que no pesa ya el lastre de la derrota de 1937-39 y del largo período de terror fascista que la acompañó y sobrevive, no son aún lo suficientemente curtidas y experimentadas, y sobre todo no disponen aún de una dirección suficientemente eficaz, para poder romper un aparato de represión bien lubricado, aunque parezca atrasado en comparación con el de Francia, Estados Unidos u otros países imperialistas avanzados. El

“genio”, el “arte de gobernar”, y la “buena fortuna” de Franco, que emboban a tantos comentaristas superficiales, se deben por entero a esos equilibrios.

Se trata de un equilibrio inestable, socavado por el propio proceso, que modifica sin cesar las relaciones de fuerza en un sentido preciso: debilitamiento estructural de las fuerzas reaccionarias tradicionales que permitieron el desarrollo del golpe de Estado militar-fascista de julio de 1936; fortalecimiento estructural del proletariado que es el único antagonista eficaz y consistente de la dictadura franquista. Sin duda, la evolución de los diez últimos años ha retrasado la revolución, creando márgenes, demasiado estrechos, de mejora del nivel de vida por un crecimiento económico, y sobre todo creando ilusiones en una “liberalización” más o menos irreversible del régimen, ilusiones que sólo la experiencia, es decir el tiempo, puede reducir a la nada. Pero esta misma evolución ha preparado también el terreno para una revolución, más profunda y radical porque despeja progresivamente el terreno de todas las “soluciones” intermedias, pone cada vez más frente a frente a las dos grandes fuerzas sociales antagonistas que emergen de todas las transformaciones de la vieja España: la gran burguesía de una parte, el proletariado de otra.

En este aspecto, el año 1970 constituye un giro, desde más de un punto de vista. Por primera vez desde 1936, una ola de huelgas políticas de masas se ha propagado por la península. Por primera vez desde 1936, si no desde 1931, la pequeña burguesía urbana se ha situado masivamente en el campo del proletariado. Por primera vez desde 1936, la evolución de las relaciones de fuerza entre las clases ha provocado una conmoción interna en el seno de las fuerzas políticas sobre las que se apoya la dictadura, una crisis interna de la dictadura. Es demasiado pronto para predecir el desenlace de esta crisis, aunque la conmutación de la pena de muerte a los acusados de Burgos sea un índice. Pero parece que toda evolución del régimen -sea en el sentido de un “endurecimiento” de la represión, o de una acentuación de la “liberalización”, o en una combinación entre las dos, o en una oscilación entre los dos polos de la política franquista- trabaja en adelante en favor de un aumento de la politización de las masas, es decir en favor de un derrocamiento revolucionario de la dictadura. En este sentido, puede hablarse de crepúsculo del franquismo.



La crisis permanente que conoce el régimen franquista desde la explosión huelguista de 1962 refleja contradicciones fundamentales del capitalismo español, multiplicadas por los rasgos específicos de la dictadura militar-bonapartista en lenta descomposición.

La expansión económica, que ha sido y sigue siendo real, es netamente marginal en relación a la de los demás países imperialistas industrializados, es decir, está en función de una prosperidad importada y que tiende a amplificar todos los movimientos coyunturales, incluso reducidos de la economía imperialista internacional, especialmente europea.

La apertura del mercado español a las mercancías del resto de los países capitalistas, condición de la modernización del capitalismo español y de su integración

creciente en la economía de la Europa capitalista, le confronta de forma permanente con competidores que producen a precio más bajo y con mejor calidad. La balanza comercial está por tanto en déficit crónico. Este déficit alimenta la inflación a la vez que se alimenta de ella. Estructuralmente, este déficit se cubre por las rentas de los turistas y el repatriamiento de los salarios de los trabajadores españoles emigrados, así como por la ayuda financiera americana (a cambio de las bases militares) y las importaciones de capitales extranjeros.

El crecimiento de la economía capitalista española adquiere así una forma espasmódica particular. Cada fase de fiebre expansionista interna (en general de una duración no superior a un año) provoca inflación y un aumento del déficit de la balanza comercial. Cada dificultad coyuntural de la economía imperialista internacional reduce inmediatamente los recursos exteriores que deben reabsorber este equilibrio. Luego, cada agravación del déficit de la balanza de pagos, que resulta de la coincidencia de estas fuerzas fundamentales, obliga al régimen franquista a apretar los tornillos y a estrangular la expansión mediante una política deflacionista. Pero como ésta no puede dejar de provocar una agravación de las tensiones sociales, se relanza la expansión en cuanto se consigue alguna reducción del déficit de la balanza de pagos, lo que abre un nuevo ciclo de desarrollo espasmódico.

Las razones de este desarrollo espasmódico no son coyunturales sino estructurales: la debilidad persistente de la industria capitalista española en relación a sus competidores extranjeros, la gravedad de las tensiones sociales internas. La primera hace imposible una expansión persistente sin agravación de la balanza comercial, la segunda hace imposible una deflación persistente sin riesgo de explosión interna.

Es significativo que, en su búsqueda desesperada de mercados que no le disputen las potencias imperialistas más desarrolladas, el capitalismo español, que ha llegado demasiado tarde a la fase de la tercera revolución tecnológica, deba volverse hacia los países árabes, los países de África occidental y... Polonia (Franco y Gomulka han intercambiado así buenos oficios a lo largo de los años 1969 y 1970, no dudando la burocracia polaca en romper la huelga de los mineros de Asturias proporcionando carbón). Es decir, las perspectivas que se abren ante este capitalismo en los grandes mercados mundiales son mediocres. En 1969, los países del Mercado Común han importado de España por un valor de 300 millones de dólares de productos alimenticios, y sólo 260 millones de productos manufacturados. Han exportado a España por un valor de 1.175 millones de dólares de productos manufacturados y 55 millones de productos alimenticios.

Hay una imbricación evidente entre esta contradicción económica fundamental del capitalismo español y sus agudas contradicciones sociales. El carácter demasiado atrasado y demasiado inestable de esta economía no ha permitido crear el margen de maniobra suficiente para reformas de tipo neocapitalista.

Ciertamente, con un crecimiento económico innegable en el curso del decenio que acaba de concluir, el nivel de vida de los trabajadores y de las masas trabajado-

ras españolas se ha elevado un poco. Pero se ha elevado insuficientemente para suprimir o incluso reducir dos desfases: el que hay entre las rentas reales de diversas partes de España y el que hay entre los salarios reales españoles y los salarios reales del resto de la Europa capitalista.

El Banco Español de Crédito ha publicado en 1969 un anuario del mercado español que incluye numerosas indicaciones valiosas sobre la extrema desigualdad de desarrollo entre las diferentes provincias y regiones de España. La diferencia del nivel de desarrollo entre las regiones más ricas (Baleares, Cataluña, País Vasco) y las regiones más pobres (Ronda y Jaén en Andalucía, Badajoz) se evalúa en un 1.000%. La diferencia de los “coeficientes de riqueza activa” se escalona entre el índice 16.600 para Madrid y 28 para Ayamonte (provincia de Huelva). El poder de compra por habitante en las provincias más pobres se eleva a penas a un 15% del de las provincias más ricas. La emigración masiva ha podido enmascarar en parte el subempleo y la miseria extremas, que se ocultan tras estas cifras. Pero toda auge deflacionista, toda ralentización de la expansión, todo retorno de los emigrantes como consecuencia de una recesión o de un aumento del paro en el extranjero, puede hacer este subempleo inmediatamente explosivo.

Por otra parte, basta con constatar que el Consejo de Ministros español ha fijado el nuevo salario mínimo en 120 pesetas al día, es decir 3.000 pesetas al mes, y que esas 3.000 pesetas representan el equivalente a 230 FF o de 42 dólares para darse cuenta de la distancia enorme que subsiste entre los salarios españoles y los salarios del resto de Europa. Los revolucionarios reclamaron un salario mínimo de 150 pesetas en 1962; hoy reclaman 400 pesetas por día como mínimo. Esta distancia es función a la vez del subempleo (del ejército de reserva industrial) y de la dictadura (de la ausencia de verdaderos sindicatos de masas, capaces de obtener que la fuerza de trabajo sea vendida a su valor).

Exportando sus parados, transformándolos en subproletariado y proletariado-mano de obra de las demás economías capitalistas de Europa, el capitalismo español se ha creado una temporal válvula de seguridad. Pero a medida que los emigrantes regresan, trayendo consigo las necesidades y los gustos adquiridos en el extranjero, y se esfuerzan por incorporarlos al mínimo vital, es decir al valor de la fuerza de trabajo en España, esta válvula de seguridad se bloquea y se transforma en su contrario: un foco de incendio.

La imbricación de las contradicciones económicas y sociales del capitalismo español ha constituido el fundamento de la duración de la dictadura franquista. Es ella la que impide toda posibilidad de una transformación verdadera de la dictadura en “Estado fuerte” de tipo *gaullista*, por no decir en democracia burguesa. El despertar de la combatividad de las masas ha hecho posible una lucha incesante por reivindicaciones inmediatas. La función esencial de la dictadura es impedir una coordinación y una generalización de esas luchas que les harían incompatibles con la supervivencia de este capitalismo débil. En último análisis, mientras dure la combatividad creciente de las masas, la burguesía española sólo tiene perspectivas rea-

listas de supervivencia en el marco de una dictadura. Por supuesto, liberales burgueses, socialdemócratas, reformistas de todo pelo, con el PC español a la cabeza, intentan convencerla de lo contrario. Pero la burguesía muestra una y otra vez que comprende mejor sus propios intereses que estos consejeros bien intencionados. Los acontecimientos, desde 1969, es decir desde la proclamación del estado de excepción, lo han confirmado muy claramente.

II

Se presenta generalmente la política franquista de los últimos años como oscilando entre dos alas, la del falangismo viejo estilo (Solís) o nuevo estilo (Fraga), y la del Opus Dei tecnocrático y neocapitalista, “liberalizante” y “europeo”, que encarnan el actual ministro del Plan, López Rodó y el ministro de Asuntos Exteriores, López Bravo. La remodelación ministerial de septiembre de 1969, la designación del príncipe Juan Carlos como sucesor de Franco; el indulto a los seis condenados a muerte de Burgos son presentados como un triunfo de éstos sobre aquéllos. La proclamación del estado de excepción, las concentraciones en apoyo de Franco tras la sentencia del proceso de Burgos, son presentadas como una revancha de los primeros sobre los segundos. El arbitraje de Franco, que ha jugado un papel de equilibrio entre las dos tendencias durante más de diez años, habría sido sustituido por un arbitraje del Ejército. Así, tras la transformación de la dictadura fascista en dictadura bonapartista, estaríamos asistiendo a la transformación de ésta en dictadura militar pura y simple (con o sin nuevo golpe de Estado).

Este análisis se apoya ciertamente en datos reales. La burocracia falangista ha visto disminuir su poder sin cesar desde que la España franquista salió del aislamiento, el sector industrial estatal -que no podía desarrollarse más que en condiciones de autarquía y de proteccionismo extremos- fue reducido al mínimo, el capital extranjero se ha extendido por toda la península y España está de hecho gobernada por una coalición de intereses de los grandes grupos financieros españoles, cada vez más asociados a los grandes monopolios capitalistas internacionales. Que esta coalición de intereses se reconozca mejor en los negociantes tecnócratas del Opus que en demagogos intrigantes o los fascistas sin cerebro de la Falange, es la evidencia misma.

Pero éste es sólo uno de los aspectos de la realidad compleja de la España capitalista de hoy. A los jefes del Opus y de los grupos financieros no les preocupa menos que a los del Ejército, de la policía y de la Falange el mantenimiento del orden a cualquier precio. Después de todo, tienen más que perder en el caso en que la “subversión” triunfara, puesto que poseen riquezas infinitamente más importantes y se han mostrado en materia de corrupción y de tráfico de influencias, especialistas mucho más hábiles (ver el caso Matesa) que los ladronzuelos de la jerarquía fascista. Más allá de las divergencias reales que separan a las dos alas del franquismo, tienen pues un interés común: impedir una revolución social, contener un movimiento de masas que puede hacerse explosivo.

En períodos de calma, es posible que estallen divergencias de puntos de vista entre estas dos alas sobre la táctica más adecuada para ese fin. Unos plantean concesiones materiales, sindicatos reales semilegales, la “integración” de las reivindicaciones materiales para mejor ahogar las reivindicaciones políticas y la politización; los otros, sin oponerse a las concesiones materiales -reclaman a veces incluso más- rechazan todo lo que permita una actividad autónoma de las masas, incluso en el plano sindical-reformista. Pero, desde el momento en que la actividad de las masas se amplifica, la “lucha contra la subversión” transfiere lógicamente el centro de gravedad del poder hacia el ala represiva. Ha sido así en el primer estado de excepción de 1969. Lo mismo ha ocurrido al comienzo de la agitación contra el proceso de Burgos. Lo que aparece como dos fracciones del poder según ciertos aspectos de la realidad política española son también dos formas combinadas de ejercicio del poder de los grandes monopolios, que se alternan según la evolución de las correlaciones de fuerza.

En este sentido, una dictadura militar abierta, un golpe de Estado militar, incluso un “nuevo 1936”, no representaría ninguna salida inmediata para las contradicciones en las que se debate la burguesía española. En 1936, se trataba de romper mediante el terror un movimiento de masas revolucionario que podía tender su mano hacia el poder. Incluso en ese momento, la empresa era arriesgada, y estuvo a punto de precipitar lo que se intentaba evitar. En realidad, sólo venció como consecuencia del fracaso y de la traición de las organizaciones obreras tradicionales. Hoy, se trata de saber cómo asegurar una industrialización acelerada sin que el proletariado, que cada vez es más numeroso, más joven y más combativo, luche por salarios y derechos que el capitalismo español es incapaz de concederle. Desmantelar la dictadura, es decir permitir al proletariado combatir más libremente no es más eficaz en este caso que reforzar la represión: el combate clandestino no puede ser casi canalizado y contenido más fácilmente que el combate legal o semilegal -¡los acontecimientos de los dos últimos años son una prueba de ello!- y la represión en si misma es incapaz de impedir este combate. Una dictadura militar abierta, incluso combinada con medidas sociales demagógicas, no ofrece ninguna salida al callejón. Toda comparación con la Grecia de los coroneles está fuera de lugar, en primer lugar porque el peso del proletariado es infinitamente más grande en la sociedad española que en la sociedad griega, además porque la dictadura llegó a Grecia tras una desmovilización y una desmoralización creciente de las masas, mientras que en España nos encontramos en pleno auge de éstas.

Un factor suplementario permite concluir que la crisis interna de la dictadura, en el curso de las últimas semanas, es de una extrema gravedad para la supervivencia del franquismo: aunque el Ejército ha intentado jugar indudablemente un papel autónomo del gobierno -por primera vez desde el establecimiento de la dictadura- esta acción no es en absoluto homogénea. De hecho, numerosos signos permiten afirmar que el alto mando del Ejército se ha inquietado menos por las manifestaciones de calle obreras y estudiantiles que por el impacto del proceso de Burgos en las filas del propio Ejército. La camarilla de los oficiales superiores se ha dividido entre

partidarios de las medidas fuertes, partidarios de las medidas de clemencia, y grupos irritados porque el Ejército sea transformado por los ministros del Opus en el chivo expiatorio de los conflictos de la dictadura. Informaciones sobre movimientos reivindicativos y opositores en el seno del contingente han llegado al extranjero -incluso de la guarnición en el mismo Burgos- indicando que la contestación aumenta también entre los soldados, oponiéndoles a los oficiales.

Sin duda es en estos momentos en que esta contestación penetra en el seno del Ejército cuando los jefes más reaccionarios y más resueltos pierden la calma y están más tentados de golpear. ¿Pero golpear dónde y a quién? Vista la politización creciente del movimiento de masas -sobre las que los dirigentes de la oposición reformista clandestina se alarman tanto como los periodistas extranjeros, teniendo en cuenta el paso masivo de las clases medias (cf. los comerciantes de Barcelona, Bilbao y otros lugares) del lado de los “contestatarios”, es probable que todo golpe de fuerza acentuará el desgarramiento del ejército más que frenarlo.

La vanguardia española no está muy afectada por el virus de las ilusiones constitucionales y electoralistas, que había paralizado a las masas brasileñas en 1964 y a las griegas en 1967. Hay pocos riesgos de que una agravación de la represión la pille desprevenida. En efecto, ¿no ha sido ya ensayada esta agravación a comienzos de 1969 con la proclamación del estado de excepción? Los candidatos *super-Franco* deben decirse que eso no ha cambiado nada del dilema inmediato al que el capitalismo español debe hacer frente. Y si no se lo dicen, ¡los acontecimientos se encargarán de recordárselo cada vez con más fuerza!

III

El hecho capital del año 1970 en la historia de la dictadura franquista, es el fracaso de la represión agravada con la proclamación del estado de excepción. Menos de dos años después de esta proclamación, la España franquista ha conocido en el curso del segundo semestre de 1970 el mayor número de huelguistas de toda su historia. Y desde la preparación del proceso de Burgos, estas huelgas han tomado un cariz cada vez más político.

Afirmar que el estado de excepción no ha tenido efectos sería subestimar gravemente las debilidades del movimiento obrero español. Ha permitido a la dictadura golpear duramente a las organizaciones obreras y estudiantiles, con tanta más dureza porque eran semilegales (en primer lugar, la red nacional de las comisiones obreras de inspiración PCE) o demasiado débiles organizativamente (toda una serie de grupos jóvenes de extrema izquierda, sobre todo compuestos de estudiantes). El movimiento obrero y revolucionario ha pagado caro, en 1969, las ilusiones reformistas y “liberalizantes” de los unos, la falta de seriedad organizativa y conspirativa de los otros.

El desmantelamiento de las comisiones obreras, las detenciones de numerosos militantes, la desintegración de ciertos grupos “izquierdistas”, han frenado sin duda el auge del movimiento de masas en el año 1969, que se ha convertido por esta ra-

zón en un gran año para el capitalismo español, tanto en el plano económico como en el plano social. Pero el *boom* de 1969 ha alimentado él mismo un nuevo comienzo de las luchas obreras. Fundamentalmente, la clase obrera no ha sido ni derrotada ni desmoralizada por el estado de excepción. Apenas terminada una fase de reagrupamiento, las huelgas estallan de nuevo, en algunos casos mejor organizadas que antes, y sin caer en la trampa de la semilegalidad en el seno de los sindicatos de Estado. Y si la dura represión de 1969 ha aumentado momentáneamente el peso del PC -más poderoso, mejor ramificado que los grupos de extrema izquierda, y por tanto capaz de resistir mejor una represión selectiva- también ha acelerado la formación de una vanguardia revolucionaria más aguerrida, que toma en serio las reglas de la clandestinidad y se esfuerza por construir organizaciones mejor protegidas contra las sucesivas oleadas de represión.

En este sentido, podemos hablar del fracaso de la política de represión aplicada desde comienzos hasta septiembre de 1969. El balance histórico de esta tentativa ha sido el ascenso de la politización de las luchas que caracteriza el segundo semestre de 1970, en el curso del cual la lucha contra la represión, por la liberación de los prisioneros políticos, contra la parodia de justicia de Burgos, toma por primera vez la delantera incluso sobre la lucha por los aumentos salariales, tan necesaria y tan aguda, debido al hecho mismo de las condiciones de existencia del proletariado español, cuando la economía se orienta de nuevo hacia la recesión.

Los acontecimientos se han encargado pues de desinflar los globos reformistas y “liberalizantes”, más de lo que podía hacerlo la propaganda de los revolucionarios. Toda tentativa de desviar las luchas obreras hacia formas de acción y de organización puramente sindicales, esperando cambios en la cúspide de la dictadura y el desmantelamiento de ésta, se ha mostrado como una política criminal de suicidio. La vida ha enseñado a los trabajadores españoles a ligar íntimamente las reivindicaciones económicas y las reivindicaciones políticas democráticas, y a dotarse para ello de organizaciones clandestinas. La dictadura franquista no puede metamorfoarse en democracia burguesa “bajo la presión de las masas”. Debe ser derrocada por una acción directa revolucionaria de las masas. Y si este asalto revolucionario contra el poder puede comenzar por una lucha por las reivindicaciones económicas y democráticas más elementales, se transformará inevitablemente en un proceso de revolución permanente que pondrá al orden del día, no la consolidación de algún tipo de monarquía constitucional o una República liberal, sino la creación de una democracia socialista de los consejos, de los soviets. La gran diferencia con 1931-1936, es que las relaciones de fuerza sociales en el interior de España y de Europa son hoy infinitamente más favorables que hace 35 años para la victoria de una revolución así, socialista y proletaria.

Pero si, a pesar de relaciones de fuerza menos favorables que hoy, la victoria de la revolución era perfectamente posible en 1936, a condición de que una dirección revo-

lucionaria se afirmara y fuera reconocida por el proletariado español, las relaciones de fuerzas más favorables de hoy asegurarán por sí mismas sin duda un período más prolongado y más duro de luchas, pero no una victoria revolucionaria. Como en otro tiempo, el factor dirección, el factor partido revolucionario, sigue siendo el factor absolutamente decisivo. Es esto lo que deben comprender los jóvenes revolucionarios, que vienen de un tumultuoso proceso de selección en el curso del decenio que ahora finaliza. Deben consagrar todos sus esfuerzos a la creación de este partido.

Construir el partido revolucionario en España hoy, significa concretamente luchar con un rigor extremo, en el terreno programático, contra todas las deformaciones mencheviques y neomencheviques de los kruschevianos y de muchos maoístas y socialdemócratas de izquierda, sobre la naturaleza de la revolución española que se anuncia, educar incansablemente a la vanguardia obrera a prepararse para la auto-organización de las masas en comités y consejos, órganos de dualidad de poder en primer lugar, órganos de lucha por el poder proletario a continuación.

Esto significa concretamente en el plano estratégico dar a la cuestión de organización la importancia clave que posee hoy, construir incansablemente una organización disciplinada de tipo leninista, capaz de resistir a los golpes de la represión, de centralizar las experiencias de luchas a escala nacional y, progresivamente las luchas mismas, capaz de elaborar a partir de estas experiencias y de un análisis científico del capitalismo español el programa de reivindicaciones transitorias capaces de movilizar a las masas hacia el derrocamiento de la dictadura y del capitalismo.

Esto significa concretamente, sobre la orientación general, plantear formas de lucha que desbaraten todas las maniobras reformistas y permitan a una vanguardia cada vez más amplia aprender la práctica de combates revolucionarios. Esto significa concretamente, en la táctica, hacer el aprendizaje de las consignas mejor formuladas, que lleven al máximo de trabajadores y de estudiantes a un combate de clase autónomo, a hacer el aprendizaje del frente único que permita realizar la unidad en la lucha de todos los trabajadores, sin que los revolucionarios abandonen su bandera, oculten sus objetivos o camuflen su programa. Esto significa también comprender el justo lugar que hay que atribuir a las reivindicaciones democráticas y nacionales en esta táctica de masas, tal como lo confirman los acontecimientos de noviembre-diciembre de 1970, y comprender al mismo tiempo el justo lugar que la creación de formas y técnicas de autodefensa de las masas ocupa en la movilización contra una dictadura cruel e implacable.

Esta construcción sólo es posible sobre la base de todo el bagaje teórico y práctico del movimiento obrero revolucionario español y mundial.

Será la construcción de la sección española de la IV Internacional.

31 de diciembre de 1970

Traducción: *Alberto Nadal*